el Sol, que saludan las aves al amanecer, despues que le ha precedido por la noche el ejército de las estrellas. ¿Quién podria enumerar esa comitiva? Con ella se ha confundido la de la Reina. ¡Qué coros! ¡Qué magnificencia! ¡Qué contento! ¡Qué rumores al desplegar de las alas y al flotar las vestiduras de los elegidos! ¡Qué himnos de alabanza! ¡O Sion Santa! ¡O regiones de luz y ventura! ¡O muchedumbres que acompañais el triunfo del Hijo de Dios! ¡Tú, padre Abraham, y tú Jacob, cabeza de las doce tríbus, llorais de inexplicable gozo pensando cómo fué que vuestra simiente es el mismo Verbo hecho carne! ¡I vosotros los Progenitores de la humana gente! ¿qué sentís? ¡Hasta dónde llega la piedad de nuestro Dios! Ruth llora con Noemí, y si la habla, sus palabras á ¿quién no conmueven?:—"¡O ventura: este es el Dios por quien te seguia, esta es la patria á donde sin saberlo me obstinaba en acompañarte! ¡dichosa yo pobre hija de Moab: cuán hermoso fué tu consejo!"- ¡Oh! y el aplauso del Rey profeta con quien Agustin el africano y Pedro y Magdalena, van en eterna alianza:—"¡Tú, verdad! ¡tú, hermosura! ¡tú, amor y clemencia! ¡te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos! ¡Pecamos, y nos perdonaste! ¿Qué somos, para que así nos glorifiques?"

Pero lo que más conmueve al descubrir la comitiva predilecta del Hijo de Jehováh, son esos Publicanos,

entre los que descuella Mateo, y tantos Samaritanos, objeto de desprecio para la soberbia Judá; ese Paralítico, á la vez curado de sus delitos; aquellos dos ciegos que clamaban con fé al Hijo de David; aquel Centurion, primicias de los gentiles, y esa Cananea tan despreciada pero dichosa en su porfía. La Mujer adúltera, á quien un tiempo perdonó el Cristo, aun le sigue muy de cerca, todavía con aquel aire de confusion y de profundo reconocimiento. Es un triunfo para el Dios de los pecadores, el que se sepa y en las alturas se pregone, cómo muchos de los que acusaron á esa pobre mujer con hipócrita celo de justicia, andan entre los réprobos llenos de ignominia, porque Dios quiso que les saliese al rostro la grande iniquidad de sus almas.

Mientras que los ángeles y los hombres todos, han despoblado los inmensos espacios para asistir á la marcha triunfal del Verbo, los réprobos los invaden en horroroso tumulto entre tanto vuelven los inmortales, cuyos oidos alcanzan á percibir el pavoroso desórden de sus eternos enemigos, como se escucha en los desiertos de la Hircania el rugir de las panteras, ó en un hermoso mediodía del Estío el eco de la tormenta en los lejanos montes. Satán á veces con algunos de los suyos, en descubierta y en acecho, avanza y se atreve á avistarse, no muy distante del aéreo camino que la ordenada muchedumbre sigue con el Verbo y la *doncella* Reina, en su marcha de triunfo; mas entónces la cólera del

Padre se inflama, y se ha visto bajar de las alturas una centella voladora y estallar en la frente del altivo proscrito, quien lleno de despecho y rabioso como un dragon á la vista del águila, huye veloz á los más remotos abismos de tinieblas desesperantes.

Entretanto, cuando así procede la marcha del Hijo de Dios, no cesan los elegidos de ir á murmurar al oido de María, con tierno y amoroso respeto, cada uno su solicitud; y la *Doncella* que vá junto al Cristo, cumple punto por punto con cada súplica hablando maternalmente con el Rey eterno, quien la dice sonriendo, como sonríe el Sol en una mañana de Mayo:—"Hágase todo segun tu palabra;"—dice, y es es en ese instante cuando acá en la tierra, quizá sin saber por qué, vuelve la paz y el sosiego á los corazones atribulados; cuando una viuda recobra al hijo que ya era muerto, cuando el *pródigo* viene arrepentido de lejanos países y se para en el umbral de la casa paterna; cuando el rencor se aleja de los corazones enemigos y los que estaban sedientos de sangre se dan el abrazo de caridad; es cuando alguna enamorada jóven, siempre fiel, consigue que renazca el generoso afecto, don del cielo, en el corazon del hombre ingrato que por muchos años no se cuidára ni de sus desvelos ni de sus lágrimas.

A la hora de esa marcha solemne nunca dejan de presentarse algunos ángeles, emisarios que suben de la

Tierra: unos llevan hacecillos de azucenas fragantes; otros, cestillos de rosas aún humedecidas de rocío; otros, guirnaldas de jazmines que exhálan perfume, ó de yedras color de cielo; ni faltan los nenúfares de Egipto, ni los tulipanes de Turquía, presentes tal vez enviados por un solitario ignorado ó algun esclavo desconocido. Nuevamente se han visto llevar ofrendas ántes muy raras, pues ya por los ángeles se presentan las flores amarillas del *cempoalxóchitl* ó los violados lirios de *Cospus Christi*, y la Madre de Jesus los acoge quizá con más agrado:—"¡Qué presentes tan tiernos,—óyesela decir—son de los hijos de Anáhuac que tanto tiempo devoró el Dragon! ¡Hijo Altísimo de la Esclava, (eleva entónces su plegaria, mirando al rostro de Jesus, como si la luna se alzára llena en el horizonte) apiádate de tus hijos los americanos!"

Tan grandes cosas pasan en las Alturas cuando el Verbo y la Reina van en triunfo desde el cielo de los cielos, á sentarse al Trono.

De esos celestes espectáculos era nada ménos, ¡Musa, tú lo admiras aún como si hoy fuese!, el que ocupaba á los inmortales la noche que Valencia, acabada de oir la narracion de Nezahualpílli, oraba de rodillas y pedia al cielo con fervorosas lágrimas, piedad para este y para todos los del Nuevo-mundo. Apénas posado Jesus y á su diestra la *Escogida*, los elegidos todos que como las copas de los árboles de muchas selvas, ó las olas del

Oceano, fluctuaban por todas las avenidas, ya descendiendo de las regiones superiores, ya subiendo de los bosques y desiertos por las innumerables graderías, de repente quedaron atentos y un silencio universal reinó en ese instante. Entónces Jesus levantó su voz, y se dejaron oir ¡pero con qué gloria! las mismas palabras que un dia pronunciára sentado en la montaña de Galilea: —"¡Dichosos los pobres! Dichosos los humildes! ¡Dichosos los de corazon limpio! ¡Dichosos los de corazon compasivo! ¿Qué decis de vuestra ventura, cómo fué cierto lo que se os dijo que excede á toda medida?"— "¡O ventura!—exclamaron entónces los elegidos—¡ó misericordia del Hijo del Altísimo!"

Pero ellos, como preocupados por presentar una solicitud que hacía tiempo guardaban en su ánimo, y como si se olvidasen de su propio bien, anhelantes por la salud de los más pequeños de sus hermanos, que tanto tiempo yacian en olvido, clamaron á una:—"¡Muestra, Señor, tu gloria á los de Anáhuac y á todos los del Nuevo-mundo, y benigno acepta el rescate que por los suyos han de ofrecer tus nuevos adoradores!"—La Reina entónces, como cuando fulgura la estrella de los naúfragos, sonrió á la muchedumbre, que con mirada unánime interesó su tierno corazon. Jesucristo, no bien percibiera los deseos maternos:—"Hágase—la dijo—lo que vas á pedir...."—y al punto en lontananza se dejó ver una turba de ángeles de la buena nueva, agitando

ramos de palma siempre verdes y trayendo por su mano á muchos rescatados. La inmortal asamblea, llena de regocijo, quedó suspensa en espera de los que venian: el espectáculo que iba á presentarse era nuevo en los cielos y hacía mucho tiempo se esperaba con ánsia.

El primero que fué recibido entre las aclamaciones de las muchedumbres, fué Nezahualcoyotl:—"¡Qué corazon demuestra en su mirar;—decíanse unos á otros—sensible y elevado, como el del Rey Profeta! ¡qué dirá cuando se le descubra el *Dios desconocido!*"—David, entónces, voló á abrazar al americano, y éste como fuera de sí, lloraba hasta regar los espacios con el rocío de sus lágrimas. Admitido luego á la presencia de la Reina y del Verbo hecho carne:—"Entra en el gozo,"—le dijo el Señor— y Nezahualcoyotl, resplandeciendo de repente, se lanzó como una águila perdiéndose en el abismo de la luz increada.

Tras él fueron presentados muchos que merecieron el perdon por su grande fidelidad al monarca legítimo:— "Señor,—decían al Verbo los inmortales—acordaos de estas pobres mujeres; son las que salvaron á Nezahualcoyotl, ocultándolo entre la yerba cuando huía de sus perseguidores. Y esa otra virtuosa señora Matlalcihuátzin, ¿no dió su vida y derramó su sangre por salvar á su Soberano, el mismo Príncipe, en tiempo de sus infortunios?"

Presente luego Cuateótzin con sus mujeres y sus hijos, los inmortales todos decian:—"Hé aquí otros mártires del amor á su rey: el Verbo no dejará sin recompensa la caridad de los gentiles."—Y así fué; porque á una señal del Hijo de Dios, esos aztecas se transfiguraron en gloria, y, arrebatados de improviso, volaron á las regiones superiores de la eterna luz.

Mas no terminó allí la admision de la nueva gente al gozo del Eterno; porque muy presto Nezahualcoyotl volvia de su primer transporte, á donde fué arrebatado, cediendo á cierta inquietud por la suerte de su padre; y no bien al Verbo decia:—"¡Señor.....!"—el Verbo calmando su inquietud se apresuró á responderle: "Está salvo Ixtlilxóchitl, el rey tu padre, acrisolado en grandes infortunios y que fué muerto delante de tí;"—y el buen hijo abrazando á su padre voló con él á las regiones misteriosas.

Tras él no tardó en ser aclamado el magnánimo Cihuacuecuenotzin: cuando se presentó ante la multitud, no habia quien no dijese:—"Este es el que en Otómpan con tanta abnegacion fué á dar su vida, por buscar el sustento para Ixtlilxóchitl su señor, abandonado de todos sus súbditos. ¡O Cristo misericordioso, hé aquí un gentil que debe ser con gloria reputado entre los hijos de Abraham!"—y sin tardanza el ántes ignorado héroe, fué recibido entre los más célebres de Roma y de Grecia, de los que el Dios de las Naciones há encontrado dignos de premio eterno.

Asimismo el valor heroico en bien de la patria y de la justicia, fué coronado en ese dia: Moteuczoma, el que llamaban flechador del cielo, fué hallado digno de misericordia, porque fué sóbrio y justiciero: Izcóatl lo fué igualmente por esas virtudes, y se tuvo piedad tambien de muchos de Anáhuac, víctimas de los malvados: aquel Tayatzin, muerto pérfidamente por su hermano el tirano Maxtla, y aun el suicida Chimalpopoca, que no sabiendo ser ilícito, puso con mano propia fin á sus dias en el exceso de sus infortunios.

Así fueron pasando muchos otros: como Nezahualpílli, muy semejante al David azteca; Cuauhtimoc, tan sufrido en medio de la ruina de Tenochtitlan no obstante su edad temprana; ásí Coanacótzin y el monarca de Tlacópan, y otros cuyas desdichas conmovieron á los inmortales al escuchar su narracion.

Cuando ya los celestes habian visto desfilar uno por uno á los rescatados, y se creía completo su número, se presentó con timidez un ángel, llevando por la mano á una jóven de notable hermosura, de mirar que, al parecer, en un tiempo era como de fuego, mostrando en su frente los signos de una pasion profunda. De entre los celestes, aquellos que más supieron lo que son en la Tierra las penas del amor, y más del amor de una mujer, al contemplarla levantaron sus manos por un ins-

tinto de súplica y conmiseracion, volviendo los ojos del semblante de la jóven al de María. Enternecida la *Israelita*, pidió al Hijo del "Dios desconocido" perdon y merced para Juriata, que así era el nombre de la que presentaba el ángel. Mas el Verbo la dijo:—"Me dá lástima esa mujer: désele por ahora á probar alguna delicia del amor del cielo, para que así se olvide del amor humano, que no es sino desdicha; y cuando el sacrificio de los dos elegidos, que tengo decretado por la salud de Anáhuac, se consume, Juriata perdonada será por fin y désele entonces el eterno gozo."—Esto dicho, un rayo de luz rompió las nubes que velan á Jehováh, y dando en los ojos á la jóven por un instante, vióscla como desfallecer y el ángel la sostuvo en sus brazos; mas volviendo de su transporte lloró como quien siente aligerarse una profunda pena. La Reina enternecida la hizo venir á su presencia, y dejándola llorar hasta desahogarse, la despachó llena de alivio haciendo al ángel una señal. El alado espíritu tomóla de su mano y la volvió á la region de los bosques y desiertos, en donde la amante se entregaba á la tristeza á la luz incierta de aquella luna, á la orilla de aquellos mares, escuchando el bramido de las eternas olas.

Mas ya los inmortales ansiaban saber cuál fuese el sacrificio, y quiénes las dos víctimas que se pedian, no solo para que Juriata fuese salva, sino para que la misericordia se obrase con todos los Americanos. Jehováh quiso descubrir el misterio en una vision, á la que fueron llamados réprobos y elegidos y aun los que estaban purificándose, y que á ella fuese admitido uno de los mortales le plugo tambien. Los velos del cielo se rasgaron y las muchedumbres penetraron á las mansiones de la luz increada.

Reinaba entónces para el Nuevo-mundo una noche serena; las antorchas del cielo se le dejaba ver, y un rayo de la luz del Padre descendió al suelo de Anáhuacparando en aquella pequeña aldea, situada en medio de los bosques de Iztaccíhuatl, donde se hospedaron Nezáhual y Valencia, Papan y Atotóchtli, Ayauhcíhuatl y Jocótzin con los demás. Nada interrumpia el reposo de los viajeros; solo Valencia, de rodillas orando lloroso, habia entrado en una de esas horas de prueba, en que la consideracion de las desgracias humanas que se presentan con variedad tan triste en cada uno de los siglos, abruma el espíritu: horas terribles de amargura y desolacion, en que parecen olvidarse las promesas que Jehováh tiene juradas á sus siervos. Valencia, empero, así de rodillas, durmió, y, no bien con el reposo se aligeraban sus cuidados, el Eterno dió la señal á su ángel:

Hé aquí de repente, sintióse el que dormia herido de una claridad extrema, y como despierto, y patentes á sus ojos las regiones de gloria; pero no eran sus ojos los que la percibian: aquello era un modo de ver inusi-

tado. El Misionero quiso mirar al foco deslumbrante que semejaba un sol; pero ese foco estaba como velado por densas nubes de níveo colorido. Tal espectáculo le tenia absorto. Mas luego siguióse el estruendo de rayos y relámpagos que de súbito rasgaron los velos, partiendo en todas direcciones del foco de luz; centellas de tal claridad que su fulgor ponia miedo hasta el desmayo. Valencia no habia descubierto á los inmortales que fluctuaban poblando los espacios, ¡tal era su sorpresa! Ya la madre del Verbo avanzaba delante de las muchedumbres, serena á la vista de la tremenda Majestad. Iba la Vírgen cercada de ángeles y de innumerables espíritus que semejaban las oleadas del Oceano al nacer el astro del dia. Mas con la multitud de elegidos se mezclaba la de los réprobos: su semblante no dejaba duda, porque en su mirar se observaba un brillo siniestro, y en su boca fingida sonrisa, signo de un mal irremediable, y en su frente una altivez en que se mostraba la depravacion y no sé qué furor y malestar atroz indescribible. Allí Belzebud, allí millones cuyo nombre no se sabía; allí Cain, allí el Traidor, y tantos que al reconocerlos daba tristeza. Pero se veian millares entre las muchedumbres, de otros espíritus que aunque mostraban mortales angustias, no sellaba su frente la depravacion, y habia en sus lágrimas algo de esperanza; y se distinguian porque iban siguiendo con sus ruegos á la *Israelita*, que no mostraba enfado á tantos suplicantes. Esa luz vivísima que llenaba un espacio sin horizontes, tenia aterrada á la multitud, que cubria sus ojos con ambas manos, porque aquello como sol era imposible soportarlo. Y esa luz era para unos el colmo de ventura, y para los réprobos la desdicha insufrible, y para los suplicantes que rodeaban á María la esperanza y el ánsia extrema: así era de admirarse.

Mas ¡oh prodigio! la única de tantos millones de millones así aturdidos y confusos á la vista del Sol, esa Doncella, avanzaba sin miedo, serena y llena de tal gracia, que la multitud no pudo contenerse y prorumpió en himnos, no pareciendo ya sentir el terror de la Majestad; y en medio de los relámpagos y rayos admiraba escuchar la blanda armonía de los celestes coros:

"¡Cuán grande es el Dios de Israel, que así nos revela su gloria y los arcanos de su dulzura, de su belleza y de su amor, por medio de la Mujer!"

"Con tu gracia y hermosura ¡oh Señora! adelántate y avanza al trono del Altísimo, porque reinarás."

"Asistido hás á la diestra del Eterno con vestiduras de oro, y galas cuales nunca las llevarán las hijas de los hombres."

"El Rey ha codiciado tu belleza, y has desarmado su diestra y desvanecido su furor."

"Por eso los pueblos te alabarán eternamente y por siglo de siglo."

"¡Cuán grande es el Dios de Israel, que así nos revela su gloria y los arcanos de su dulzura, de su belleza y de su amor, por medio de la Mujer!"

"¡Abríos, puertas del Santo de los Santos, para que entre la Reina de la gloria!"

"¿Quién es esta Reina de la gloria? ¡Es la llena de gracia y madre del Ungido: esa es la Reina de la gloria!"

Esos hímnos, sin embargo, no eran secundados de todas las muchedumbres.

Los truenos y relámpagos cesaron en el momento en que la Doncella mil veces bendita, se acercó al foco de la gran claridad, y su estallido se trocó en un concierto de tales armonías que á cada nota el corazon brotaba en lágrimas por los ojos, porque aquella dulzura deshacía el alma. ¡Cuánto era de hermosa la marcha de María! En medio de blancas nubes que decoraba el íris con sus colores, y desgarradas por los rayos de una luz de oro, marchaba la Vírgen. Era su manto régio de un azul vivo y cambiante de esmeralda y como sembrado de estrellas; era su túnica de nácar y grana, y como dibujado de una red de oro formando flores de gracioso capricho; y eran ángeles prosternados el suelo que hollaba su planta.

Entónces uno de los espíritus que servian á la Reina, destacándose de la multitud, como águila se lanzó á la estancia del Misionero, y arrabatándolo como si llevara una paja, le condujo hasta las plantas de la Vírgen, y ¡cuál fué el asombro de Valencia cuando descubrió en medio de tanta gloria, el semblante de una doncella india....! ¡Enigma de piedad! la hermosa *Israelita* tomando la forma de los humildes índios, quiso sin duda enaltecer la oprimida casta de los que no son blancos. El Misionero quiso morir: el celeste consuelo inundaba su corazon, y á un mortal no es dable soportarlo. Mas el ángel le tocó en la frente y dijo:—"¡Apóstol de las Indias, vive todavía, para que veas en la tierra las maravillas de la misericordia de Dios y de su Madre!"

Valencia miró aún:—Dos indios eran presentados á la Señora—El apóstol creía conocerlos.—Eran Nezáhual y Papan.—Llevábalos un ángel; en su diestra se apoyaba el uno, en su siniestra el otro.—Ellos, de rodillas, humillando sus rostros adoraron.

Otro ángel acudió entónces llevando dos sortijas, y las muchedumbres observaban atónitas. Nezáhual tomando la una la presentó á Papan, y esta la recibió ciñendose con ella un dedo de su mano. Papan á su vez tomando la otra, la presentó á Nezahualpílli, y este se la ciñó como ella.

A este acto siguió un momento de silencio y espectacion de parte de todos: los dos Indios, fijos los ojos en María que les hablaba en su propia lengua, escuchaban su cariñosa alocucion; palabras muy dulces cuyo acento

pudo apénas percibir el apóstol.—En breve Nezáhual devolvió á Papan su sortija, y ella la puso en manos de María; Papan devolvió á Nezahualpílli la suya, y él asimismo la ofreció á la gran Reina.—Otro ángel recogiéndolas de mano de su Soberana, voló con las sortijas internándose por entre espesas nubes, con direccion al foco deslumbrante.

No bien esto pasaba, grandes aclamaciones atronaron las Alturas, y el celeste himno de los inmortales dejó á Valencia sorprendido:

"¡Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha aceptado el sacrificio por la salud de su nuevo pueblo."

"Beberan del torrente y morirán sin duda; pero ¡cuán grato es á los ojos del Santo el sacrificio del corazon."

"Aborrecido há el Señor la sangre derramada, como se derramó en los tiempos de las persecuciones de Babilonia: ¡martirio del corazon pide hoy la Majestad excelsa!"

"¡El Cristo se apiada de su nueva porcion: dos víctimas serán elegidas para la salvacion de muchos!"

Estos himnos no fueron tampoco secundados de una gran parte de la multitud; ántes bien, una especie de rebelion que daba espanto, parecia amenazar á la *Doncella* Soberana..... Pero ¡ay de los réprobos! ¡El estallido de un rayo hizo estremecer de súbito las Alturas, y no quedó presente uno solo de los millones de rebeldes: todos desaparecieron en un instante; hundidos en

el abismo de tinieblas, el rugido de Satán dejo de oirse muy en breve.

A ese punto Valencia despertó con asombro: los himnos cesaron; la claridad desapareció.

Jehováh y la Reina mandaron á sus ángeles cuidasen que Nezahual y la hija de Atotóchtli sintieran y comprendiesen en su corazon lo que acerca de ellos se figuró en el cielo de los cielos, pero que no descubrieran á su mente vision ninguna:—"No sea que les deslumbre la grandeza de su futuro destino."—Los ángeles lo hicieron así. A la hija de Atotóchtli inspiró el uno plácido ensueño; despues la hizo probar algo de la amargura y de los desengaños del amor humano. Pero Nezáhual fué despertado por el otro, que murmuró á su oido:—"Dios te ama y ha señalado contigo sus misericordias."—Y esto diciendo derramó en su alma luz copiosa con que de una vez recordase cuántas con él habia usado el Misericordioso.—"¿Dudarias si el Verbo lo pidiera—añadió más—ofrecerle algun dia el holocausto de tus amores?"—y esto diciendo confortaba el ánimo del neófito inspirándole su fortaleza, y le hacía concebir heroicas resoluciones.

Otros ángeles fueron enviados á Fuenleal, Quiroga y Zumárraga, para que les hiciesen percibir algo de los designios del Altísimo con la nueva gente.

"Dése tambien consuelo al sucesor de Pedro.—dijo el Señor Dios al espíritu que volaba para la Jerusalem de